

El puente de Alcántara

FRANK BAER

EL PUENTE DE ALCÁNTARA

Traducción de José A. Alemany

edhasa

Consulte nuestra página web: www.edhasa.com
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Die Brücke von Alcantara*

Diseño de la sobrecubierta: Ripoll Arias/Mercedes Galve
Ilustración: Apocalipsis del Beato de Liébana

Primera edición: octubre de 1991
Vigésimo novena reimpresión: marzo de 2018

© 1988, Albrecht Knaus Verlag GmbH, München und Hamburg

© de la traducción: José Antonio Alemany, 1991

© de la presente edición: Edhasa, 1991

Diputación 262, 2ª1ª
08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C

C1054AAT Capital Federal

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-84-350-0558-6

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*,
bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso por Liberdúplex

Depósito legal: M-29.173-2010

Impreso en España

A Annette

«De las cosas bellas de este mundo, los francos aman sobre todo el dinero; los judíos, la buena comida; pero los andaluces aman, sobre todo, el amor.»

Proverbio Andaluz, siglo XI

El verde de las plantas tras una lluvia primaveral, las flores en el rocío, cuando las negras sombras de la noche se han retirado, el murmullo de un límpido arroyo corriendo entre prados en flor, la visión de un castillo blanco en medio de verdes jardines; todo eso puede ser maravilloso, pero no es nada comparado con la unión con una persona amada. Y ésta es tanto mejor, cuanto mayor es el tiempo que el uno ha rechazado al otro o ha estado separado de él, inflamando la pasión, encendiendo la llama del deseo y avivando el fuego de la esperanza... En verdad os digo que ni siquiera la lengua más locuaz puede describir la felicidad de la unión, y que la más elocuente de las descripciones queda muy por debajo de la realidad.

Ibn Hazm, Poeta cordobés, 994-1064

DRAMATIS PERSONAE

Yunus ibn al-A'war	Médico y hakim judío de Sevilla
Nabila (« la Sublime »)	} Hijas adoptivas de Yunus ibn al-A'war
Sarwa (« Ciprés »)	
Karina («La Querida»)	
Dada	
Amín Hassán	} Criada de la casa de
Zacarías	
Etan ibn Eli	Asistente de Yunus ibn al-A'war
Isaal al-Balia*	Comerciante, amigo de Yunus ibn al-A'war
	Rabí de Córdoba, astrólogo
Lope	Mozo al servicio del Conde de Guarda
Capitán	Hidalgo español, maestro de Lope
Don Álvar Pérez, el Castellán	Señor del castillo de Sabugal
Don Fortún Muñoz, el Conde	Conde de Guarda
Don Nuño Méndez*	Conde de Portocale
Don Fernando*	Rey de León
Don Sancho de Castilla*	} Hijos y sucesores de Don Fernando
Don Alfonso de León*	
Don García de Galicia*	
Don Alvito*	
Sir Robert Crispin*	Obispo de León
	Comandante normando del ejército enviado por el papa a Barbastro en 1064
Abú Bakr Muhammad ibn Ammar*	Poeta andaluz
Ibn Mundhir	Comerciante y armador murciano
Zohra («la Bella»)	Esposa de Ibn Mundhir
Sammar ibn Hudail, el sabi	Sobrino y agente comercial de Ibn Mundhir
Nardjis («Narciso»)	Cantante esclava de Ibn Mundhir
Ahmad ibn Tahír*	Señor de Murcia
Hassún ibn Tahír	} Hijos del qa'id de Murcia
Muhammad ibn Tahír*	
Al-Djillikim, la Sayidda («la Gallega»)	Madre del Príncipe heredero
Abú'l-Fadl Hasdai*	Hassún ibn Tahír, Señora de Aledo
Abú Amir ibn Abbad al-Mutadid*	Primer ministro del Príncipe de Zaragoza
Muhammad ibn Abbad al-Mutamid*	Príncipe de Sevilla
Ibn Zaydún*	Hijo y sucesor de al-Mutadid
	Poeta andaluz y primer ministro del Príncipe de Sevilla
Abd al-Dhajil ibn Wahbun*	Poeta de la corte de al-Mutamid
Nujum («Estrella»)	Esclava del harén de al-Mutadid

*Los personajes históricos están marcados con un asterisco.

TAQASIM

Preludio

En el año 711, menos de ocho décadas después de la muerte del profeta Mahoma, el Islam, que hasta entonces ya se había extendido por casi todo el Cercano Oriente y el norte de África, avanzó por primera vez hacia Europa. Ese año, un pequeño ejército expedicionario musulmán cruzó el estrecho por aquel peñón que desde entonces lleva el nombre de Gibraltar, desembarcando en España.

La Península Ibérica estaba bajo el dominio de los visigodos, que apenas trescientos años antes, durante las invasiones bárbaras, habían reemplazado a los romanos como clase gobernante. El rey visigodo Rodrigo salió con su ejército al encuentro de los invasores, pero fue derrotado, y en sólo cinco años los musulmanes conquistaron, mediante sucesivos envíos de tropas de refuerzo, todo el imperio visigodo, excepto unas pocas regiones montañosas inaccesibles, muy al norte.

Los caudillos del ejército invasor, en parte árabes y sirios, en parte bereberes del norte de África, se desposaron con las hijas de los nobles visigodos y formaron una nueva clase dirigente, que gobernó el país. Los españoles apenas si ofrecieron resistencia. Los judíos españoles, que habían sufrido la intolerancia de una Iglesia dirigida por obispos visigodos, recibieron la conquista como una liberación. También los cristianos se adaptaron rápidamente a las nuevas relaciones de poder. En el transcurso de los dos años y medio siguientes, la mayoría adoptaron la fe de los nuevos señores, así como el idioma árabe (aunque sin abandonar su propia lengua románica), y, con el idioma, también la cultura árabe. España se convirtió en el pilar occidental del gigantesco imperio árabe-musulmán.

En un principio, España no era más que una insignificante provincia fronteriza. Más tarde, los gobernadores de Córdoba se independizaron de los califas y levantaron una magnífica capital, y cuando acumularon riqueza suficiente para poder pagar unos honorarios extremadamente elevados, mandaron traer de Bagdad, entonces centro del mundo, al famoso erudito, compositor y músico Ziryab, quien los inició en la cultura y las buenas costumbres. Finalmente, se concedieron ellos mismos el título de califas.

En el año 974, el káiser alemán Otón II envió una embajada a Córdoba. Esta delegación fue recibida en la entonces recién construida ciudad-palacio de Medina Az-Zahra —cuyos impresionantes restos pueden contemplarse aún hoy— con tal pompa, que los señores del norte franco caye-

ron de rodillas ya ante el primer funcionario del palacio que les dio la bienvenida tras las puertas. Tuvieron que explicarles que se habían arrodillado ante el criado del secretario del príncipe.

Poco después llegó al poder en Córdoba un hombre que había ascendido de katib, secretario menor, hasta hadjib, primer ministro. Se llamaba Ibn Amir, y posteriormente adoptó el nombre honorífico al-Mansur: el Victorioso. Tan pronto como vio consolidada su posición en el gobierno, encerró a los legítimos soberanos en un palacio. Luego mandó traer tropas bereberes del norte de África y formó con ellas un ejército permanente, que le era incondicionalmente fiel. Con este ejército arremetió contra los españoles cristianos del norte.

Durante los siglos anteriores, los cristianos poco a poco se habían arriesgado a bajar de las montañas y habían fundado varios principados, desde Galicia, en el oeste, hasta el condado de Barcelona, en el este, pasando por León, Castilla, Navarra y Aragón. Al-Mansur volvió a hacerlos retroceder.

En el año 985, al-Mansur redujo Barcelona a escombros; en el 988 destruyó la capital del reino de León, y, finalmente, en el año 997 conquistó incluso la principal reliquia de la cristiandad española: el sepulcro del apóstol Santiago, en Compostela, en el extremo noroccidental de la Península. El reino de Córdoba alcanzaba la cima de su poder.

Al-Mansur murió cinco años después, y su reino volvió a desmembrarse. Luchas por el poder y guerras civiles devastaron el país. Las tropas bereberes saquearon la capital y prendieron fuego a los palacios. Los gobernadores de las capitales de provincia se declararon independientes.

Cuando, finalmente, las diferentes partes que se disputaban el califato de Córdoba suspendieron la lucha, Andalucía estaba dividida en muchos pequeños principados. En Zaragoza, Valencia, Almería, Granada, Sevilla, Badajoz, Toledo; por todas partes se levantaban gobernantes autónomos de pequeños territorios independientes. La ausencia de un gobierno central fuerte tuvo como consecuencia un periodo de libertad inusitada. Andalucía volvió a vivir una edad de oro, impregnada de una tolerancia única en la Edad Media.

Los pequeños príncipes competían en la decoración de sus residencias, la magnificencia de sus ropajes, la calidad de la orquesta de su corte. Poetas, filósofos, científicos, arquitectos y artesanos encontraron generosos mecenas. Se dio un florecimiento cultural que los historiadores han comparado con el renacimiento cuatrocentista italiano.

En esa misma época, también los reinos cristianos del norte ibérico vivían una etapa de prosperidad. Se habían recuperado rápidamente de los golpes de al-Mansur. Pero apenas había cedido la amenaza del sur, cuando ya los condes y reyezuelos — todos ellos hermanados y emparentados entre sí — se sumieron en rencillas familiares. De estas rencillas salió final-

mente vencedor el conde de Castilla, don Fernando el Grande, quien consiguió anexionar a su Castilla natal Galicia y el reino de León. En torno al año 1060 había extendido sus dominios hasta tal punto que era, sin discusión, el soberano más poderoso de toda la Península.

Poco después comienza la historia que narra este libro.

LIBRO PRIMERO

MUSADDAR

Gran Obertura

(1063-1064)

SEVILLA

MIÉRCOLES 1 DE ELUL, 4823

1 DE SHABÁN, 455 / 30 DE JULIO, 1063

Estaba sentado en el suelo brillante con las piernas cruzadas y las manos en la cara. Movía el torso de delante hacia atrás, al ritmo de su respiración. Movía los labios, rezando con voz queda:

—El Señor es el Señor. Él es el eterno. Él ha dado. Él ha tomado. Alabado sea su nombre por los siglos de los siglos...

Había rasgado sus vestiduras, se había quitado los zapatos y se había cubierto la coronilla con cenizas de todos los fuegos de su casa, según prescribía la costumbre. Había leído la Tora. Los rollos yacían ante él, sobre el atril. Ahora tenía los ojos cerrados. No había hallado consuelo.

—¿Por qué has tomado, Señor? ¿Porqué has tomado? —El dolor se había clavado en él como un negro puñal—. ¿Por qué has tomado, Señor?

Se había encerrado en la khizana, que le servía como despacho: una pequeña habitación anexa al salón principal de la casa, en la que se encontraba su biblioteca. Había echado el cerrojo a la puerta y había cubierto la ventana que daba al patio interior con unos maderos, que tenía preparados para los días de frío. Estaba sentado en la pequeña habitación desde las primeras horas de la tarde. Al oscurecer, había encendido una lámpara de aceite. La lámpara humeaba, pues apenas quedaba mecha. Hacía calor, y el aire era irrespirable debido al hollín de la lámpara. Él no lo notaba. Movía el torso de delante hacia atrás y murmuraba oraciones; formaba las palabras con los labios sin prestar atención a su significado.

—Señor de la Verdad, Señor de la Vida, ¿por qué has tomado?

Quizá habría podido sobrellevar mejor el dolor si su fe hubiera sido más firme. Quizá le habría servido de desahogo poder blasfemar contra Dios, reñir con él como Job, echarle en cara su dolor. Pero él no tenía la fe de Job. Él no podía hallar consuelo en la certeza de que esa muerte debía de tener un sentido acorde con la eterna voluntad de Dios, con las inescrutables disposiciones de Su justicia. Él no tenía tal certeza. Estaba solo con su dolor y su luto. Solo en la pequeña y lóbrega khizana, entre sus libros, junto a la lámpara que echaba humo y hollín, que empezó a tremolar y se apagó con un burbujeante siseo. Recitaba los salmos fúnebres tal como estaban escritos, sin buscarles ningún sentido. Éstos salían entre sus labios como glumas secas.

Muy tarde, ya de noche, el cansancio le concedió unas pocas horas de sueño.

Se llamaba Yunus ibn al-A'war y pertenecía a la congregación palestina de la comunidad judía de Sevilla. Era un hombre de cincuenta y dos años, alto, seco de carnes, de rasgos suaves a pesar de su nariz marcadamente aguileña, característica de la familia de su padre. La barba ya gris, los ojos no tan agudos como antes, un tanto entornados por el constante esfuerzo de la lectura. Médico con un consultorio importante en la calle de los boteros; un hombre estimado, de quien sus amigos afirmaban que no tenía enemigos.

Por la mañana había dado sepultura a su mujer. Habían estado casados veintiocho años y habían sido felices, aunque desdichadamente no habían tenido hijos. Su mujer había muerto a causa de una enfermedad que él no había sabido diagnosticar, una hinchazón en la zona del bajo vientre, una disfunción del hígado o de la vesícula; él no había sido capaz de descubrirlo. La enfermedad había llegado acompañada de punzadas desgarradoras, de dolores insoportables y agotadores, que al final ya ni las fuertes dosis de opio aplacaban.

Había muerto en la última hora de la noche, poco antes de salir el sol. Él la había velado junto al lecho, presenciando impotente cómo el dolor consumía su vida. Al sacarla de la casa, para llevarla a la sinagoga y de allí al cementerio situado en las afueras de la ciudad, él la había seguido. Y, de no prohibirlo la ley, la habría seguido todavía más allá.

Cuando despertó, ya era de día. Yacía de costado, sobre su brazo derecho. El brazo se le había dormido y le dolía, como si estuviera lleno de agua caliente. También le dolía la espalda, y le costó levantarse; cuando por fin lo consiguió, se sintió mareado. Caminó a tientas hacia la ventana, quitó los tablones, acercó los ojos al enrejado de madera y miró hacia el patio interior. El sol colgaba tan bajo sobre el horizonte que el patio aún estaba todo cubierto de sombra. La luz era muy tenue y el blanco de las paredes todavía no hería la vista; y el verde de las plantas lucía más vivo por el rocío. Era una hermosa mañana, una mañana que prometía otro día de intenso calor. Pero ahora, poco antes de la salida del sol, todo era aún suave y vaporoso: los colores, las sombras, los sonidos de la ciudad que despertaba.

La vieja Dada estaba en la cisterna, adonde había ido a recoger agua para la cocina. Nabila y Sarwa atravesaron el patio vestidas con sus camisas de dormir, saludaron a la anciana y desaparecieron en el cuarto de aseó levantado junto a la cocina. Yunus las siguió con la mirada. Vio que actuaban con sigilo, procurando no hacer ningún ruido que pudiera molestarlo; y en ese mismo instante volvió a embargarlo el dolor, dejándolo impasible y petrificado.

Empezó a andar de un lado a otro dentro de la pequeña habitación, entre la ventana y las puertas: cuatro pasos de ida, cuatro de vuelta; cuatro pasos de ida, cuatro de vuelta.

Hacia el final de la tercera hora, Dada se acercó a la puerta y llamó suavemente.

—Tienes que comer, señor, ¡por favor, tienes que comer!

Él no respondió. Esperó a que la mujer se hubiera marchado y reemprendió su caminata.

Empezó a hacer calor dentro de la habitación, a pesar de que las paredes, revestidas, aún conservaban el frescor de la noche. La sed empezó a atormentarlo. No había bebido nada desde la muerte de su mujer. Tenía la garganta seca como el papel.

Tras la llamada a la oración del mediodía, Yunus, repentinamente, cogió de un estante un cuaderno en octavo —uno de esos cuadernillos que llevaban los comerciantes en sus viajes para anotar sus ingresos y gastos—, se sentó en el alféizar de la ventana, sacó punta a la caña de escribir, preparó la tinta, alisó el papel y comenzó una carta. Escribió en árabe, pero empleando los caracteres cursivos hebreos, muy deprisa y con letras pequeñas que se ajustaban perfectamente a los renglones del cuaderno. Escribió a su mujer.

Siempre le escribía cuando estaba lejos de ella, de viaje, en otras ciudades. Solía escribirle por la noche sobre las cosas que había hecho durante el día, igual que, cuando estaba en casa, le contaba en la cena todo lo que le había pasado a lo largo de la jornada. Así, ella siempre estaba muy cerca de él. Ahora, al escribirle, él volvía a sentir que ella permanecía muy cerca.

Las dos muchachas se aproximaron a la puerta y llamaron, vacilantes.

—Te traemos algo de comer, padre —les oyó decir Yunus—. Dada dice que tienes que comer. —Yunus escuchó que murmuraban y caminaban indecisas de un lado para otro, y poco después vio a través de las rejas de la ventana cómo volvían al patio y desaparecían por la puerta de la cocina.

Eran las hijas de su hermano. Sarwa tenía once años; Nabila, catorce. Eran dos muchachas dulces y calladas; a juicio de la preocupada Dada, demasiado dulces y calladas, por lo cual siempre estaba detrás de ellas, mimándolas con todos los manjares posibles y esforzándose por atraer con esos mismos manjares a otras jóvenes del vecindario, para que les hiciesen compañía.

Hacía apenas dos años y medio que habían llegado a Sevilla en el barco de Ceuta junto con otros fugitivos del Magreb, con tan sólo un hatillo en la mano y una bolsita de cuero colgada del cuello que contenía una carta garabateada apresuradamente por su padre.

El hermano de Yunus había sido agente de comercio en Sigilmesa, una ciudad desértica del noroeste africano, a diez días de viaje al sur de Fez, cálida como un crisol de fundición, pero también rebosante del brillo del

oro y tan importante como centro comercial del África occidental, que muchos de los grandes importadores y exportadores de Alejandría y al-Mahdiyya, de Sevilla y Almería, poseían sucursales propias allí. Éstos llevaban a Sigilmesa azúcar, aceite, tejidos de algodón, joyas, armas y artículos de cuero, y cambiaban estos productos por oro y esclavos negros, que eran sacados de los países del Níger en gigantescas caravanas. Los caminos infinitamente largos que atravesaban el desierto uniendo el Níger y Sigilmesa estaban dominados por nómadas pertenecientes a la tribu bereber del Sinhedja. Éstos cobraban elevados impuestos por la protección a las caravanas de oro y esclavos, y con ello compraban los productos enviados a Sigilmesa por los comerciantes. Un intercambio que dejaba satisfechos a todos.

Sin embargo, en algún momento, los grupos tribales del Sinhedja empezaron a disputarse el dominio sobre el oro y las rutas utilizadas para transportarlo. Los almorávides, que habitaban la región occidental del gran desierto, vencieron en cruentas luchas y sometieron a tribus hermanas que ejercían su control en Sigilmesa. Los almorávides eran nómadas del desierto, semisalvajes, bárbaros, educados por un celoso musulmán en un fanático rigor doctrinario.

Dos años y medio antes habían cercado Sigilmesa y atacado la ciudad. No sólo habían matado a muchos de sus habitantes, sino que, arrastrados por el odio ancestral de los nómadas hacia toda forma de vida sedentaria, habían arrancado las palmeras, devastado los jardines y destruido las instalaciones de agua. A más de una de sus víctimas le habían abierto el vientre aún en vida para buscar monedas de oro que pudieran haber tragado. Así lo contaron los que consiguieron escapar.

El hermano de Yunus y su mujer habían muerto abrasados por el fuego dentro de su casa. Sólo Dios sabía todo lo que las niñas habían tenido que presenciar ese terrible día. Nunca habían hablado de ello; pero Yunus había pasado muchas noches en vela al pie de sus camas y las había visto estremecerse por las pesadillas y llorar en sueños. Y la angustiada dulzura con que se aferraban la una a la otra era seguramente una huella dejada por Sigilmesa.

Yunus vio que las muchachas volvían a salir de la cocina. Sarwa llevaba un cesto en las manos; Nabila, el papelito con la lista de la compra. Desaparecieron por la puerta del zaguán que separaba el portón de la casa del patio interior. La vieja Dada las había mandado al mercado.

¡La buena y vieja Dada! Por la tarde volvió a acercarse a la puerta de Yunus.

—¡Señor, toma el agua, toma al menos el agua! —le rogaba—. Dejaré la jarra junto a la puerta. Sólo el agua. ¡Sólo para las abluciones!

¿Qué habría hecho Yunus sin ella? ¿Cómo habría sobrevivido a ese día? Las visitas de pésame, la espantosa diligencia de las lavadoras de cadáve-

res, las caras boquiabiertas de los musulmanes frente al cementerio, adonde sólo habían ido para contemplar a las mujeres que, en el cortejo fúnebre, se habían quitado los pañuelos de la cabeza. Y luego el hazzán, el nuevo cantor con sus salmos fúnebres a lo largo de todo el camino desde la sinagoga hasta el cementerio. Su voz casi le había desgarrado el corazón. Este hazzán, que había seguido el cortejo a pie detrás del ataúd, había cantado con la misma voz con que lo hiciera el cantor de la sinagoga de Almería, la primera vez que Yunus y su mujer se encontraron.

Oh, Karima, Karima al-Wuhsha, ¿te acuerdas aún de nuestro cantor en Almería?

Había sido en el último día de las fiestas del Pésaj. Yunus nunca olvidaría ese día. Un mes antes había cumplido veinte años. Era un médico inexperto y un hakim con buenas perspectivas y grandes ilusiones. Tenía que leer por primera vez la Parasha que la comunidad había concedido a su padre en ese día de fiesta. Un gran honor para el hijo, verdaderamente un gran honor. Pero también había habido un buen motivo para ello. Durante las fiestas, su padre se había reunido en secreto con Amram Lebdí, el anciano más honorable, el joyero, el rico Amram, y los dos habían llegado a cierto acuerdo sobre un enlace de sus familias. Sus respectivas voluntades habían coincidido, pues el rico Amram deseaba que su hija se desposara con un hakim, con el hijo de un hakim. Y el padre de Yunus esperaba una nuera que aportara tal fortuna al matrimonio, que su hijo pudiera continuar sus estudios libre de la carga de preocupaciones económicas. Ambos deseos armonizaban perfectamente. La dote ascendería a ochocientos dinares, una suma que las mujeres de la tribuna de la sinagoga se pasarían de boca en boca sólo con respetuosos susurros.

Oficialmente, Yunus no sabía nada. Su padre aún no le había pedido su consentimiento. Pero su madre ya lo había informado en secreto. Además, conocía a la muchacha que habían elegido para él, la hija del rico Amram. Todos los jóvenes casaderos de la comunidad judía almeriense la conocían. Era una niña hermosa y despreocupada, de ojos risueños, que acababa de cumplir catorce años. Sí, la conocía, y no se sentía insatisfecho con la elección de su padre.

Pero entonces llegó aquel último día de las fiestas del Pésaj. Aún hoy tenía presentes todos los detalles. Se veía de pie tras el atril de la Tora. El cantor extendió los rollos ante él, y Yunus empezó a recitar con voz fuerte y segura. Conocía el texto de la Parasha de su padre tan bien como las palabras de la oración de la mañana. No necesitaba prestar atención a lo escrito. Miraba a su padre, que, hinchado de orgullo, estaba sentado en su sillón frente a él e intercambiaba miradas de complacencia con el rico Amram. Yunus miraba también hacia la tribuna de las mujeres, donde se encontraba su madre, a quien buscaba con los ojos. Y entonces la vio a *ella*.

Estaba en la parte de las niñas, y superaba considerablemente en estatura a todas las demás (tenía entonces diecisiete años). Y Yunus se pre-

guntó: «¿Qué hace entre las niñas? ¿Por qué no está con las mujeres?». Y pensó: «¿Será nueva en la comunidad? ¿O a lo mejor es cristiana? ¿Por qué no la había visto nunca antes?». Y de pronto perdió el hilo del discurso y buscó desesperado la continuación en los rollos, sin encontrar la línea. Sin duda se habría quedado mudo de no ser por que en el último instante el cantor le susurró las palabras. El cantor fue el único que advirtió lo ocurrido.

Unos cuantos días después todo el mundo lo sabía. La noticia corrió como un reguero de pólvora por la comunidad. No hubo nadie que no tomara partido en el asunto. El padre montó en cólera por la desobediencia de su hijo. El rico Amram, ofendido de muerte, rabiaba por miedo a la humillación. La madre intentaba en vano servir de mediadora. Y Yunus se mostraba tanto más obstinado cuanto más lo acosaban.

Finalmente tuvo que abandonar la ciudad. Su madre le dio dinero y lo envió a casa de su hermano en Egipto, en Fustat. Sólo cuando ya estaba en el barco, un instante antes de la partida, su padre le dio su bendición.

Se quedó cuatro años en Oriente, estudiando en El Cairo y Bagdad. Cuando volvió, sus padres ya no vivían. Pero estaba *ella*. Durante su ausencia, cartas habían ido y venido entre los dos. El joven cantor les había servido de mensajero. Y *ella* lo había esperado, a pesar de la oposición de su familia.

Se casaron. Tuvieron que soportar la hostilidad de los ortodoxos y el odio abierto del rico Amram y su enorme séquito. Y como el matrimonio seguía sin tener descendencia y los malintencionados habían empezado a hablar del justo castigo divino, decidieron acabar con todo aquello. Por aquel entonces Ibn Abbas, el poderosísimo visir del príncipe de Almería, había entrado en conflicto con Samuel Nagdela, visir del príncipe de Granada, y había empezado a descargar su cólera contra el adversario judío sometiendo a impuestos especiales, limitaciones comerciales y otros impedimentos a las comunidades judías que se encontraban dentro de su ámbito de poder, por lo cual muchos judíos habían emigrado. Yunus y su mujer aprovecharon la oportunidad para trasladarse a Sevilla. Eso había ocurrido hacía veinticinco años.

Desde fuera llegaba ahora el estruendo de los tambores y timbales con que la guardia del al-Qasr anunciaba la hora de la primera oración de la noche. Poco después pudo oírse también la llamada a la oración de la torre de la mezquita principal y el débil sonido de las vísperas de las iglesias cristianas de los suburbios. Yunus cerró cuidadosamente el tintero, lo guardó junto con los otros utensilios de escritura en uno de los estantes cerradizos de la pared y volvió a sentarse en el alféizar de la ventana.

Pronto oscureció. Yunus permaneció sentado en silencio, inmóvil, observando cómo la oscuridad lo envolvía y se adueñaba de su habitación, sintiendo el paulatino descenso del calor del día. Recuerdos y pensamien-

tos fragmentarios de dolorosa claridad le atravesaban la cabeza. Era incapaz de retenerlos. Cuando menos lo esperaba, se quedó dormido.

Lo despertó la sed. Sentía un fuego abrasador en la garganta y tenía la lengua pegada al paladar; y sus pensamientos giraban en torno a la jarra de agua que había fuera, junto a la puerta. Pero todavía no estaba dispuesto a romper su ayuno.

Empezó a darle vueltas al problema de la sed. ¿Por qué la sed era más difícil de soportar que el hambre? ¿Por qué el hombre muere de sed a los pocos días, mientras que, en caso de necesidad, puede pasar hasta seis u ocho semanas sin recibir ningún alimento sólido, y esto sin sufrir ningún daño?

Trabajó apasionadamente con las obras fundamentales de su biblioteca médica. Estudió a Galeno y ar-Razi, el *Qanun* de Ibn Sina y el *Kiteb al-Maliki* de Ibn al-Abbas, sin encontrar ninguna indicación útil en las autoridades. Luego reunió los hechos, que le eran familiares por su propia práctica, y empezó a buscar él mismo una solución.

Había que partir de los cuatro elementos, de los que todo estaba compuesto: fuego, aire, agua, tierra. Luego, de los cuatro humores corporales, cuya mezcla correcta o errónea en el cuerpo humano determinaba la salud o la enfermedad: bilis amarilla, sangre, mucosidad, bilis negra. Agua y mucosidad poseían las mismas características: frialdad y humedad. Cuando el cuerpo no se nutría de agua, no podía formar mucosidad. En la proporción de la mezcla de los humores del cuerpo faltaba entonces el componente frío/húmedo, y la constitución corporal se desviaba hacia lo caliente/seco. La consecuencia: fiebre, así como merma en la segregación de saliva, mucosidades nasales y sudor, y desecación general del cuerpo. Éstos eran los hechos básicos; pero no daban respuesta a la cuestión de por qué la falta de agua, que tenía como consecuencia la falta de mucosidad, conducía tan rápidamente a la muerte.

Eligió otro punto de partida para sus reflexiones. Siguió una serie de deducciones y llegó a la hipótesis de que probablemente, de entre todas las sustancias que quedaban en el cuerpo como residuos de la combustión de alimentos y del aire respirado, aquellas que normalmente eran eliminadas por las mucosidades poseían una mayor toxicidad que aquellas que eran eliminadas por los otros humores corporales a través de las heces, la orina y la sangre. Cuando, por falta de agua, no eran expulsadas mucosidades a través del sudor y la saliva, las sustancias tóxicas se quedaban dentro del cuerpo. ¿Era ésta la causa de tan rápida muerte?

Recordó a tres peregrinos de La Meca, a quienes había tratado cuando estudiaba en Bagdad, en el hospital de Sinán, junto a la Puerta Siria. Los tres habían conseguido salir con vida del desierto únicamente gracias a que habían bebido su propia orina. Esto apoyaba su tesis, pero no era una demostración.

Incluyó en sus reflexiones que los enfermos con fiebre necesitaban ingerir más líquido que los sanos, que la sed aumenta con el calor, que, por tanto, la necesidad de líquido aumenta en la medida en que la proporción de la mezcla de los humores corporales tiende hacia lo seco/caliente, lo que paradójicamente conduce a que el cuerpo, al segregar sudor, elimine aún más mucosidad, con lo cual la proporción de la mezcla empeora más todavía. Pero ¿qué efecto producía el líquido en el interior del cuerpo? ¿Qué diferencia había entre tomar líquidos calientes o fríos? ¿Necesitaban las mujeres, cuya constitución, por naturaleza, tiende más hacia lo frío/húmedo, consumir más líquido que los hombres? Y, de acuerdo con esto, ¿morían antes en caso de falta de líquido? Yunus se perdió en un laberinto de preguntas hasta que, de repente, vio dentro de la habitación, junto a la jamba de la puerta, la jarra de agua que la vieja Dada había dejado fuera. Yunus dirigió la mirada hacia el cerrojo que bloqueaba la puerta y no pudo explicarse cómo había entrado la jarra en la habitación. Se levantó contra su voluntad, dio dos pasos hacia la jarra, se detuvo, aguzó la vista, y se golpeó la frente con el pulpejo de la mano. Ya no había ninguna jarra junto a la puerta. Un espejismo. Había sido víctima de un espejismo.

Recordó que los tres peregrinos del hospital de Sinán le habían contado experiencias similares. Le habían hablado de vivísimos aguadores, beduinos que les hacían señas con los brazos y hasta caravanas enteras que habían pasado ante sus ojos y, al acercarse, habían resultado no ser más que trozos de piedra corrientes y molientes, ni siquiera de formas especialmente llamativas. Así pues, ¿acaso la privación de agua y la falta de mucosidad afectaba al cerebro? ¿O no era tanto la carencia de lo frío/húmedo en la proporción de la mezcla de los humores corporales, como la resultante sobreabundancia de lo caliente/seco, es decir de la bilis amarilla, lo que producía estos efectos en el cerebro? ¿No escribe Galeno que la sobreabundancia de bilis amarilla produce la locura? ¿No apuntan los espejismos a una incipiente locura?

Por otra parte, los tres peregrinos, cuando estaban ya a punto de morir de sed, no habían mostrado en modo alguno los síntomas que suelen acompañar a la sobreabundancia de bilis amarilla. Ni estados coléricos, ni excitación, sino más bien depresión, total apatía, esto es, síntomas que habrían podido asociarse a una sobreabundancia de bilis negra, de *melan kholé*. Entonces, ¿era falsa la afirmación de Galeno? ¿O el error residía en sus deducciones? ¿Estaba la equivocación en la dirección de sus pensamientos, en la base misma del sistema?

Aún más preguntas. Muchas más preguntas. ¿Y qué sentido tenían todas esas preguntas? ¿Qué habría ganado si hallaba una respuesta? ¿De qué podía servirle a un peregrino que estaba a punto de morir de sed saber *por qué* se moría de sed? ¿No le sería mucho más necesario otro tipo de

saber, un saber que le mostrara un camino a través del desierto, unos conocimientos que pudieran conducirlo a un pozo de agua?

Pensó en los días y noches que había pasado junto al lecho de dolor de su mujer. ¿De qué le habían servido todos sus conocimientos sobre la anatomía del cuerpo, sobre la naturaleza de las enfermedades, sobre los efectos de los distintos fármacos? ¿De qué le habían servido sus estudios, sus libros, su ciencia?

Cerró los ojos y se dejó caer en una desesperación que lo abrasaba aún más que la falta de agua.

A última hora de la tarde, Zacarías entró en el patio interior de la casa. Zacarías era su asistente en el consultorio, su único discípulo. Yunus siempre se había negado a aceptar discípulos. Según su propia opinión, la tendencia a dudar, muy propia de él, lo incapacitaba para ser maestro. Zacarías era la única excepción, y lo había aceptado tras largas cavilaciones. El padre de Zacarías había sido soplador de vidrio y había llegado a Almería en el mismo barco que Yunus. Tras la muerte de este hombre, Yunus aceptó a su hijo en el consultorio. Hacía ya tres años que el muchacho estaba con él, primero como ayudante, luego como aprendiz, y desde hacía poco como estudiante. Era aplicado, honesto y muy rápido de entendimiento, y se mostraba deseoso de aprender. Era odioso.

Yunus vio que hablaba con la vieja Dada en el patio interior y que luego ambos entraban en la casa. Un momento después los oyó acercarse por el madjlis, hasta la puerta de su habitación. Dada llamó a la puerta, primero con los dedos, después con el puño.

—¡Señor! —gritó la mujer—. Zacarías ha traído a un hombre con una mujer enferma. Son campesinos de al-Jarafe. Quieren verte, señor, quieren ver al hijo del tuerto.

Yunus calló, pero esta vez la anciana no se dio por vencida.

—Señor, están en el zaguán. Te están esperando desde ayer. La mujer está muy enferma. Zacarías dice que está muy enferma.

Yunus seguía sin dar respuesta; entre otras cosas, porque no podía emitir palabra con los labios secos y pegados y la lengua inflamada.

Dada sacudió la puerta.

—Señor, si no abres iré a buscar a Amín Hassán para que abra la puerta. ¡Ya has oído, Yunus! Traeré a Amín Hassán para que abra la puerta. ¡Sal, Yunus, sal! Lo que haces no es bueno. —Su voz sonaba ahora muy enérgica. Estaba realmente enojada. Sólo lo llamaba por su nombre propio cuando estaba furiosa con él.

Yunus se levantó, se acercó a la puerta y carraspeó para aclararse la garganta.

—¿Qué clase de gente son? —preguntó—. ¿Musulmanes?

—Sí, hakim —contestó Zacarías.

—Entonces envíalos a Yusuf ibn Harún, el shaik. Él entiende más de la gente del campo —dijo a través de la puerta cerrada. Oyó que Zacarías se disponía a responder, pero Dada se le anticipó:

—Señor, ellos quieren verte *a ti*. Zacarías los ha enviado al shaik, yo los he enviado al shaik; pero ellos no quieren marcharse. Quieren ver al hijo del tuerto. Están acurrucados en el zaguán, y la cabra que han traído está cagándolo todo. ¡Así están las cosas!

—Ya lo he intentado todo, hakim —añadió Zacarías, interviniendo en la conversación—. Han pasado la noche en la mezquita de Abú Hassán. La mujer está muy débil.

Yunus ya tenía el cerrojo en la mano; pero, de pronto, se dio la vuelta. El sol se ponía ya en el horizonte, y su luz pasaba por debajo del empujado y penetraba por las aberturas inferiores del enrejado de la ventana. Cinco rayos caían dentro de la habitación, atravesándola en diagonal hasta los pies de Yunus como cinco dedos de una mano cristalina, pintando cinco manchas luminosas en el suelo. Yunus imaginó al campesino, que habría hecho el largo y caluroso camino hasta la ciudad con su mujer enferma montada en el asno y la cabra atada a una cuerda, que habría ido de puerta en puerta preguntando por el hijo del tuerto, por el hakim. Conocía a esos campesinos desde los primeros años de su consulta. Probablemente había tenido en tratamiento a un vecino común durante quién sabía cuántos años, curándolo finalmente con la ayuda de Dios; y así se había ganado una fama inusitada en un pueblo de al-Jarafe que él ni siquiera conocía. «El hijo del tuerto», ése era un nombre que los campesinos nunca olvidaban.

Yunus quitó el cerrojo y abrió la puerta, atravesó el madjlis sin detenerse y, pasando por el patio interior, entró en el cuarto de aseo. La vieja Dada lo siguió contoneándose como una pava que hubiera reencontrado a sus polluelos. Yunus se lavó las cenizas de la cara y el pelo, bebió un poco de agua fresca en tragos cortos y cuidadosos, y se cambió de ropa. Sólo se negó a aceptar los zapatos que Dada le había llevado.

Al salir al zaguán, vio a la mujer tumbada en el suelo, envuelta en su manto, con la cabeza entre las rodillas. El hombre, que estaba de pie a su lado, parecía aún bastante joven —quizá veintitantos— y era muy alto y robusto. Recibió a Yunus con una mirada de desconfianza y se interpuso en su camino.

—Quiero a Ibn al-A'war —dijo el hombre en voz baja pero amenazadora—. ¡Nadie más que Ibn al-A'war tocará a mi mujer! —Por lo visto había imaginado que el hijo del tuerto sería un hombre mayor.

Yunus respiró hondo; pero la vieja Dada lo apartó con un brazo, se colocó ante los campesinos y anunció con un gesto grandilocuente y la voz de un orador:

—¡Éste es Yunus ibn Ismaíl ibn Yunus al-A'war, el honorable, el eru-

dito tabib, el hakim, a quien Dios ha revelado los misterios de la ciencia y a cuyas manos ha concedido la fuerza curadora!

Poco faltaba para que la mujer empezara a añadir los nombres y títulos honoríficos de todos los otros antepasados hasta la séptima generación, pero el campesino se había quedado tan impresionado que se hizo a un lado.

Yunus echó fuera a Zacarías y se puso a examinar a la mujer con la ayuda de Dada.

2

SABUGAL

JUEVES 7 DE AGOSTO, 1063

9 DE ELUL, 4823 / 9 DE SHABÁN, 455

La cocina se encontraba en la parte interior del castillo, en una construcción pegada a la torre que servía de vivienda como un niño a las piernas de su madre. La entrada estaba a tres hombres de altura por encima del suelo: una boca tan grande como la puerta de un establo, que ahora en verano se mantenía abierta para que el calor pudiera salir. Una empinada rampa hecha con dos troncos unidos por maderos horizontales llevaba hasta allí arriba.

Para todos los hombres que servían en el castillo, tanto si eran criados como si portaban armas, regía la norma de que cada mañana, al salir del edificio de la tropa e ir a la cocina para tomar la sopa de la mañana y recibir la ración diaria de pan y tocino, o lo que fuese, debían recoger un poco de leña del montón apilado abajo y subirla a la cocina.

Esa mañana el robusto Pere llegó arriba con las manos vacías. Era evidente que no lo había hecho con intención. El campesino que traía un nuevo cargamento de leña cada semana acababa de llegar, y Pere, por cruzar unas cuantas palabras con él, se había olvidado de cargar su cuota de madera. Él habría vuelto abajo a recoger la leña, pero cuando Pere se topó de frente con el cocinero, éste estaba de muy mal humor y empezó a echar pestes: que qué se había imaginado; que si quería comer sin hacer nada a cambio, precisamente él, que era quien más comía de todos y nunca parecía hartarse, etcétera.

Después de esto, Pere ya no podía ir por la leña sin más, pues en la cocina había demasiados hombres, que lo habían escuchado todo. Se detuvo en la entrada con la cabeza gacha, los hombros redondos echados hacia adelante y los gruesos brazos caídos a los lados. Su figura se recortaba contra el cielo que brillaba fuera y parecía aún más robusta de lo que de por sí era en realidad. Se quedó un momento pensando. Casi podía verse

cómo pensaba, cómo se movían los pensamientos bajo su ancha frente. Se quedó pensando un largo rato.

Entonces el asno del leñador empezó a rebuznar, y Pere, como si hubiera recibido una orden del animal, se dio media vuelta y bajó la rampa a trompicones. El asno estaba al pie de la rampa. Todavía llevaba la leña sobre el lomo y apenas se lo veía bajo el gigantesco montón de largas ramas. Pere se acuclilló a su lado, se echó la carga con asno y todo sobre la espalda, la levantó a pulso, la subió por la rampa, la metió en la cocina y la dejó en medio del foso de las cenizas, frente al fogón.

El cocinero se levantó como un pan en el horno, empezó a dar gritos y salió disparado de la cocina, en busca de alguien a quien quejarse. Pero nadie lo tomó en serio, pues el castellán estaba en Guarda y era seguro que la dueña no lo recibiría a tan tempranas horas de la mañana. Todos fueron a ver cómo el cocinero, agitando las manos desde la escalera exterior que conducía a la torre, increpaba al mozo que le prohibía la entrada, y todos rieron a carcajadas y palmearon en la espalda al robusto Pere y casi se cayeron de sus bancos cuando el asno, que seguía mirando embobado desde el fogón, se puso de pronto a rebuznar espantado por la sopa que salpicaba desde el caldero. Sólo Pere estaba sentado completamente tranquilo con su pan y su escudilla, actuando como si nada hubiera ocurrido.

Así había empezado el día. Desde el inicio, no había sido un día como los demás. No había sido un buen día. Una de las criadas dijo después que esa mañana, al llegar al castillo, había visto una corneja muerta en el antepatio. La muchacha se había santiguado y no había vuelto a pensar en ello. ¿Quién presta atención a todas las señales?

Al joven le habría gustado quedarse con los hombres en la cocina, pero tenía que llevarle el agua a la torre al señorito. Además, seguro que el ama de cría le daría un tirón de orejas, porque otra vez se había entretenido demasiado. Hacía ya un mes que el conde, el gran señor, lo había nombrado criado personal de su hijo, y desde que formaba parte de la casa tenía que observar muchas reglas. Él todavía no sabía bien cómo había ocurrido, ni si debía dar gracias a Dios por ello o no.

Un día que estaba sentado al pie de la torre, junto a la muralla del lado este, con las sillas de montar y las alforjas de todo el séquito del conde, se quedó dormido mientras limpiaba y engrasaba el cuero para el viaje de regreso a Guarda. Lo despertó un grito, y, todavía medio dormido, vio que un bulto volaba hacia él, amenazante, así que extendió los brazos, más para protegerse que para atrapar el bulto. Un instante después se vio tumbado en el suelo con el hijo pequeño del conde en los brazos. Así había sido, nada más. Y desde ese momento se encontraba cumpliendo aquel duro servicio.

No podía perder de vista al pequeño ni un instante, de la mañana a la noche. De noche tenía que dormir junto a su puerta; de día tenía que estar

constantemente junto al niño y realizar las tareas que le encomendaban el ama de cría, la niñera y la camarera. Tenía incluso que probar las sosas papillas que el ama daba al pequeño cada dos días durante el destete. Así lo había ordenado el mismo conde. Y el conde era el amo, el poderoso conde de Guarda, a quien todos se sometían. Incluidos el castellán y el castillo de Sabugal. Incluidos también el padre del muchacho, su madre y el pueblo en el que había nacido.

Sólo al mediodía, cuando el pequeño dormía, el joven disponía de tres horas libres para que el capitán pudiera instruirlo en el manejo de las armas. Esto también lo había ordenado el conde, y era la única parte de su servicio que le agradaba, las únicas horas del día que esperaba con ilusión.

Hoy no tendrían lugar esas tres horas. Hoy era día de descanso para todos los hombres del castillo. Era fiesta, sólo la guardia cumplía servicio. El cocinero ya había afilado su cuchillo para sacrificar una cerda, y, por la noche, cuando el castellán y su gente regresaran de Guarda, habría un banquete en el gran salón de la torre. Vino para toda la guarnición.

Los hombres se habían ganado el día libre trabajando duro. Tenían tras de sí una agotadora semana de cosecha, con viento sur acompañado de un calor abrasador. El castellán había exigido que, si hacían falta hombres, trabajaran también los jinetes de la dotación del castillo. Además, se había mantenido un servicio de guardia más intenso que de costumbre, pues el castellán no quería correr ningún riesgo mientras el hijo del conde se encontrara en el castillo. Dos hombres en la torre y dos en la puerta; el portón exterior cerrado incluso durante el día, y por la noche guardia doble y rondas con los perros. Y todo eso a pesar de que para proteger al pequeño señor ya habían llegado expresamente de Guarda dos infanzones de la mesnada del conde con sus mozos, que sólo prestaban servicio en la corte y, por lo demás, no hacían más que andar pavoneándose por el castillo.

La cosecha había terminado hacía cuatro días, y cuando los hombres se disponían a tomarse un respiro, el castellán ya estaba allí con otra tarea. Había que ir por veinte caballos a los veraneros, a cuatro veraneros distintos, cada uno más lejano que el anterior, y eso con un importante contingente de hombres y el equipo completo, pues los pastores de los campos nororientales habían proporcionado ciertos informes sobre una tropa de jinetes forasteros.

La noche anterior habían llegado los últimos caballos. Estaban en los trigales recién cosechados, entre el patio de los señores y el río, y habían hundido la cabeza en la paja, en busca de las jugosas hierbas que habían crecido entre el grano. Todos los hombres estaban en el castillo, excepto dos peones que seguían fuera, río arriba, reparando el vallado de la dehesa. Antes de la noche, cuarenta reses más serían llevadas al castillo.

Unas dos horas después del amanecer, aparecieron en la pendiente que

descendía hacia el río tres hombres, que luego tomaron el camino que llevaba al puente. El puente se había venido abajo en junio. El castellán ya había dado orden de volver a levantarlo, pero los trabajos se habían interrumpido con el inicio de la cosecha. En el lugar de las obras no había nadie más que los tres forasteros, que ahora se acercaban vadeando el río. El grupo lo encabezaba un hombre a pie, vestido con un blusón de campesino y una faja enrollada alrededor de la cabeza al estilo moro. A la espalda llevaba una aljaba de la que sobresalía un arco moro. Tras él venían dos «pardos», unos campesinos montados en grandes y huesudos caballos, pertrechados de correajes con lanzas cortas, el yelmo en el pomo del arzón.

El joven fue el primero en verlos. Los divisó aún antes de que los centinelas de la torre hicieran sonar con sus trompetas la señal habitual. El joven estaba en el adarve de la palizada que separaba el antepatio del patio interior del castillo, y se aburría. A su espalda, en el pequeño jardín que la dueña había mandado sembrar junto a la torre, el hijo del conde jugaba en sus andaderas. El joven tendría que haber estado con el pequeño, pero allí se hallaba también la niñera, alerta, y además el niño había encontrado algo que lo mantenía ocupado. Jugaba con un pájaro que le había traído el leñero. El pájaro, atado por una pata mediante un hilo largo y delgado a una de las barras de las andaderas, luchaba por su libertad batiendo las alas y piando espantado. El pobre animal saltaba sobre la barra, echaba a volar y caía apenas el hilo se tensaba; luego volvía a volar, y volvía a caer, una y otra vez. Y el pequeño reía y disfrutaba con ese ruidoso y aleteante ovillo de plumas, al tiempo que intentaba coger el hilo con sus torpes manecitas. Pero el pájaro aún tenía las fuerzas suficientes para escapársele siempre.

Los tres forasteros habían vadeado el río y tomado el camino que, rodeando el castillo y el poblado levantado tras él, seguía hacia el sur.

Los hombres de la dotación del castillo, que todavía estaban en la cocina, salieron a la entrada para mirar. No era usual que unos forasteros se acercaran al castillo a horas tan tempranas.

Cuando los tres hombres llegaron a la bifurcación que conducía a la puerta exterior del castillo, se detuvieron, y el que iba a pie, que parecía moro, se acercó solo a la puerta, de modo que el joven lo perdió de vista.

La puerta estaba cerrada, tal como se había ordenado. La primera guardia del día junto a la puerta le correspondía al viejo Aznar. Como segundo estaba uno de los jóvenes campesinos del pueblo. Éste se encontraba arriba, en lo alto de la puerta, con los dos brazos colgando por encima de las almenas.

El muchacho vio que el viejo Aznar recorría el pasador de la mirilla, hablaba con el hombre que había fuera, y luego, dándose la vuelta, escupía y corría hacia los alojamientos de la guarnición, como si fuera en busca de alguien. A continuación oyó, de repente, un desgarrador chillido y, miran-

do hacia abajo por encima del hombro, vio que el pequeño por fin había conseguido atrapar al pájaro. El niño tenía al animal firmemente cogido entre sus manos gorduzuelas y soltaba risitas alegres cada vez que el ovillo de plumas volvía a sacudir ligeramente las alas, hasta que de pronto advirtió que aquella cosa ya no jugaba, ya no se movía, aunque el crío la sacudía y pellizcaba. El pequeño contrajo el rostro en una mueca llorosa, como hacía siempre que algo no le gustaba, y estaba a punto de empezar a berrear cuando, de pronto, se oyó un grito, un grito tan terrible que el joven pensó que un cuchillo helado lo había atravesado por la espalda, un grito que lindaba con el dolor más extremo. Por un instante el joven se sintió totalmente confundido, pues lo que había esperado era el habitual berrido del niño, y se quedó petrificado de espanto hasta que comprendió que no había sido el pequeño quien había chillado, sino que el grito provenía del patio del castillo.

El viejo Aznar estaba tumbado en el suelo, a menos de veinte pasos de la puerta. Yacía boca abajo, y sacudía brazos y piernas intentando levantarse, pero no lo conseguía y gritaba, gritaba sin cesar. El individuo del arco moro debía de haberle disparado una flecha a la espalda a través del pequeño agujero de la mirilla.

Los tres forasteros ya habían emprendido la huida camino abajo, hacia el río, galopando con total normalidad, como si no tuvieran prisa alguna. El hombre de la faja mora en la cabeza iba montado a la grupa de uno de los dos caballos.

El joven pensó: «¡Por Santiago, han atacado el castillo! ¡Sólo tres hombres! Tres malditos pardos, ¡y atacan todo un castillo!». De pronto oyó gritar:

—¡Han disparado al viejo Aznar! ¡El viejo Aznar! ¡Lo han matado!

Todos se pusieron en acción. En la torre sonaron las campanadas de alarma. Los hombres salieron de la cocina bajando la rampa con gran estrépito, y otros llegaron corriendo de los alojamientos de la tropa. La dueña asomó por la ventana superior de la torre y gritó algo. Alguien le respondió con otro grito. Por todas partes se oían ahora gritos de unos a otros. Los primeros habían llegado ya al establo del patio exterior del castillo, donde siempre había dos caballos preparados. Gritos:

—¡Abrid las puertas!

Y gritos al capitán para que abriera el arsenal. ¿Dónde estaba el capitán? Los dos infanzones y sus mozos salieron de la torre por la escalerilla de madera:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Los demás estaban ya en la puerta exterior, empuñando cualquier arma que hubiesen encontrado en el puesto de guardia, y el primero de todos era el joven Tomás, quien, ya sobre el caballo, sin armadura, sin lanza, sólo con un puñal corto en la mano, salía por la puerta a galope